

MANUEL GÓMEZ MORENO

GUÍA
DE
GRANADA

EDICIÓN FACSIMIL

PRÓLOGO

MARÍA ELENA GÓMEZ-MORENO

ESTUDIO PRELIMINAR

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-MORENO CALERA

GRANADA
MCMXCVIII

Prólogo a la Edición de 1982

Renace esta guía cuando faltan pocos años para el centenario de su aparición. La que fue entonces guía viva de la ciudad es hoy, en buena parte, evocación y nostalgia de una Granada desaparecida, atacada de la fiebre de la piqueta desde el derribo de buena parte de la ciudad renacentista para abrir la malhadada Gran Vía, error urbanístico y catástrofe artística, origen de la mayor parte de los desastres posteriores. No pretende, por tanto, su reaparición, que sea de nuevo la guía del visitante, sino reavivar el conocimiento de lo que era la ciudad en la última década del siglo XIX, tal como la estudió un hijo enamorado, que no quiso hacer sobre ella literatura, sino ilustrarla con cuantos datos documentales y estudio directo pudieran lograrse. Obra de erudito, a la vez artista, como lo prueban los tan bellos y exactos dibujos que la ilustran.

El nombre del autor, Manuel Gómez-Moreno, encubre en realidad dos: Gómez-Moreno el Viejo, pintor, investigador y arqueólogo, y Gómez-Moreno el Joven, que sólo contaba 22 años al publicarse la Guía, pero cuya aportación al trabajo paterno fue de tal entidad, que puede considerarse como verdadera colaboración. Había ya publicado por aquellas fechas no menos de treinta artículos sobre monumentos granadinos, fruto de su actividad como secretario de la Sección de Excursiones del Centro Artístico, en cuyo Boletín vieron la luz.

Gómez-Moreno, el Viejo, había nacido en 1834; estu-

dió, entre estrecheces económicas, en la Escuela madrileña de San Fernando y, de regreso a su Granada natal, vivió malamente de la pintura, al servicio de encargos, la mayoría de retratos de personas ya muertas, o cuadros de devoción, en cuya desilusionadora tarea se apagaba su vocación artística, al par que se le despertaba la de curiosear archivos y recorrer rincones a la busca de huellas del pasado. Casó tarde, pasados los 34, vinieron pronto hijos, y cuando más olvidado estaba de los pinceles, una pensión de la Diputación granadina para ir a Roma desperó sus ilusiones artísticas, y dejando sus tres niñas al amparo de los abuelos, el matrimonio y el hijo mayor, de 8 años, emprendieron la aventura italiana. Dos años en Roma, con recorrido amplio al final por la Península, reavivaron sus pinceles en dos cuadros, justificativos de la pensión, y numerosos apuntes, acuarelas y dibujos, mientras el pequeño Manuel, de la mano de Marucchi, el discípulo del gran arqueólogo Rossi, descubría la Roma del pasado, la clásica y la cristiana, y se le forjaba una vocación decisiva. Nunca olvidó Roma, ni la dulce lengua de Italia.

La buena acogida que en Granada tuvieron los grandes lienzos de "La despedida de Boabdil" y "San Juan de Dios", y el extraordinario avance técnico que representaron para el pintor los años romanos: encargos importantes de los Jesuitas de Madrid y, sobre todo, algunos excelentísimos retratos, no bastaron a abrir amplio cauce a su creación artística y acabó por dejar los pinceles y entregarse de lleno a su otra vocación, primero dentro de la Secretaría de la Comisión de Monumentos; luego, en el recién fundado Centro Artístico; más tarde, en la creación del Museo Arqueológico, en la catalogación del de Bellas Artes, en la enseñanza en la Escuela de Bellas Artes, de la que llegó a ser director.

En 1870 ya había colaborado con D. Manuel Oliver Hurtado en un informe sobre Antigüedades descubiertas en la Vega de Granada, que publicó la Comisión de

Monumentos, y en los años inmediatos, del 73 al 75, unos estudios sobre las pinturas renacentistas del Tocado de la Reina, en la Alhambra, sobre la chimenea italiana que hacía entonces de altar en el antiguo mexuar de los reyes moros, unos apuntes sobre la historia del bordado de imaginería en Granada y una defensa del Castillo de Mondéjar; pequeños trabajos, pero de primera mano y sin antecedentes. Más importancia revisten los trabajos posteriores a su regreso de Roma, a cuya cabeza va la “Breve reseña de los monumentos y obras de arte que ha perdido Granada en lo que va de siglo”, de 1884: asusta pensar el incremento que tal relación ha tenido en el tiempo transcurrido hasta hoy. Luego, a lo largo de los años 1885 a 88, fue publicando diversos estudios, a partir de uno sobre Diego Siloe hasta el de Medina Elvira, verdadera memoria de sus excavaciones en la primitiva capital musulmana del territorio granadino. Estos trabajos se fueron publicando en el Boletín del Liceo Artístico, y luego reunidos en un tomito con el título de “Cosas granadinas de Arte y Arqueología”; de “Medina Elvira” se hizo edición aparte, 1888, ilustrada por Gómez-Moreno hijo con cuidados y exactos dibujos de las piezas halladas, luego recogidas en el recién fundado Museo Arqueológico.

Valga todo ello como antecedente que explique cómo este pintor metido a arqueólogo no improvisaba cuando acometió la elaboración de la “Guía”. Para mejor comprobación ahí están los títulos con que aparece en su portada: “correspondiente de las Academias de San Fernando y de la Historia y del Instituto Arqueológico alemán”. Esto último, consecuencia de su relación con Hübner, al que facilitaron —padre e hijo— copiosas noticias para su “Corpus”. Y en el campo de lo inédito, ahí están los tomos de notas manuscritas cuidadosamente ordenadas, fruto de su bucear en archivos, y entre ellas, extractos de documentos referentes a Arte del Archivo Granadino de Protocolos, poco después destruido en el

incendio de la Casa de los Miradores, en Bibarrambla, sin que de él quedase sino las susodichas notas.

El propio Gómez-Moreno el Joven nos relata así su colaboración con el padre: "Tomé por mi cuenta lo árabe, y en discusión permanente, fue saliendo todo lo demás; quiso mi padre que yo apareciese de coautor, pero me resultaba ello ridículo, cuando en realidad todo lo mío dimanaba de él y mi gusto artístico había ido formándose entre sugerencias suyas y reaccionar yo, más o menos de conformidad, con sus opiniones. Llegué a imponerme a veces, merced a sus benevolencias, resultando que acabábamos siempre conformes. La impresión fue al año siguiente y se vendió a cinco pesetas ejemplar".

El éxito de la Guía fue grande y creciente, y no pasaron muchos años para el agotamiento total de la edición. Tan buscada fue, que se la robó de las bibliotecas públicas (la Nacional entre ellas) y que si aparecía un ejemplar en el comercio de libros viejos alcanzaba precios nada relacionados con el suyo de origen, aquel duro, que, aunque de plata, hoy nos hace reír. Planteada pronto la necesidad de reeditarla, ambos autores fueron anotando en sendos ejemplares correcciones y añadiduras, pero su publicación se fue demorando hasta que la Guía había perdido ya su carácter de tal para convertirse en historia. Antonio Gallego Burín, enlazado con los Gómez-Moreno por amigo y discípulo entusiasta, decidió hacer nueva Guía, que él confiesa no ser sino "puesta al día" de la vieja, de la que saca todo el material entonces aprovechable. Ahora, por fin, vemos de nuevo la Guía de Granada, de D. Manuel Gómez-Moreno (padre e hijo) en su aspecto primitivo, en edición facsímil, pero completada con un segundo tomo en el que se incluyen aquellas notas preparadas para una segunda edición. Ya no la utilizaremos para recorrer de su mano la ciudad, pero puede ilustrarnos sobre tantas cosas viejas que aún perduran, tantos datos sobre monumentos,

tantas noticias de cosas perdidas o transformadas. Sin ella no podemos conocer a fondo la ciudad, pues el presente es siempre hijo del pasado, aun cuando, como tantos hijos, reniegue de su padre. Esperemos que su actual divulgación ayude a mis paisanos a sentir mayor respeto por su ciudad, pues sólo un profundo conocimiento puede llevar a un verdadero amor.

M.^a Elena Gómez-Moreno
Madrid, febrero, 1981